

J. de V.
397



JAVIER DE VIANA

---o---

Esa "de" que antepone Viana a su apellido; es perfectamente auténtica. Se trata de una familia de rancio abolengo, con solar y escudo. Su bisabuelo fué el Mariscal José Joaquín de Viana, primer Gobernador de Montevideo, "soldado valiente y magistrado pundonoroso", como lo reconocen y atestiguan varios decretos reales. El bisnieto no se envanece de ese parentesco: es demócrata y cree que cada cual vale por sus obras. Pero tampoco reniega de él, diciéndose que si de algún tronco hay que ser rama, es preferible serlo de uno que ostente en el pecho las Cruces de Calatrava y de Carlos III, antes que de otro marcado a fuego en la espalda con la cruz de los presidiarios.

A pesar de su ascendencia linajuda Javier de Viana nació y se crió lejos de los salones y las milicias del señorío, en ambiente cerril. Su padre era estanciero, vivía en su campo donde el niño creció tan aparte de la ciudad que hasta la adolescencia no conoció un poblado. Casi antes que caminar supo mantenerse sobre el lomo del caballo. Tenía once años y era aún analfabeto. Pero esta ignorancia la reemplazó con un aprendizaje de la naturaleza más eficaz sin duda, para cumplir su destino vocacional, que la erudición recogida en su pasaje por las aulas universitarias. Llegó a conquistar el título de Bachiller, entrando luego en la Facultad de Medicina cuyos cursos abandonó muy pronto. Mas su escuela verdadera fué la de los montes, las colinas y los pajonales donde dictan su cátedra el viento, los pájaros y las reses; y las ruedas del fogón en la que el paisano da rienda suelta a su gesto por el cuento, a su amor por la hazaña romancesca, a su culto por la divisa y a su devoción tradicional. Todo /cuanto constituye el acervo

J. de V.
397-1



espiritual y modal del gaucho quedaría así practicando sobre él un hipnotismo tan tirano que poco lugar le dejaría en el alma para dar hospedaje a los demás conciertos e inquietudes de la vida. Sus alfombras predilectas debían de ser los vastos trebolares, sus músicos de cámara las calandrias o los últimos payadores, y, en vez de las golas puntilladas, las casacas de seda y el rapé guardado en caja de nácar del Gobernador, se acostumbraría a mirar y a usar las bombachas de merino, las botas de potro, los gachos con barboquejo y las picaduras de naco brasilero.

Ni la existencia campesina, ni su léxico, tendrían secretos para él. Tuvo estancia, fué guerrillero, actuó de contrabandista, bailó pericones y gatos en el patio de los ranchos, vivió a monte, visitó las carpas de las quintanderas, voceó el !hopa! !hopa! de los troperos, jugó al truco en las trastiendas de las pulperías... Estaba, pues, magníficamente armado para abordar nuestros temas rurales, y si algo salta en seguida que nos ponemos en su contacto es la seguridad de no estar al lado de uno de los tantos diletantes camperos, de un músico que toca de oído la sinfonía silvestre, sino de alguien que la ejecuta con pleno conocimiento. De este modo y dotado de una visión sagaz, aunque fundamentalmente objetiva, debía de llegar a ser el daguerrotipista, el laminador por excelencia de nuestra campaña, fracasando en todo lo que no fuese trasladar de la vida a la estampa la imagen cabal del mundo absorbido por su infancia.

Con estos antecedentes no puede extrañar que Viana, al revés de la mayor parte de los escritores que se destacaron en el crepúsculo del siglo pasado y en la aurora del presente, ciclo de grandes convulsiones literarias, permanezca siempre igual a sí mismo. No se advierte en sus gustos y en el sentido de su obra la menor ondulación de las tormentas que alborotan la época. Es como uno de esos viejos caudillos tallados en ñandubay, fanáticos de la conciencia tradicional, para quien todo lo que esté fuera de su medio carece de interés y huele a bastardía. Nació, vivió y murió sin salir de

su querencia, sin mostrar avidez alguna por beber en fuentes extrañas a su cachimba gaucha. Lo cual tiene sus ventajas y sus menguas: porque si la curiosidad aventurera puede extraviarnos definitivamente, pronto también languidecen las cosechas en tierras que no se mueven.

A más de esta fidelidad hermética a una huella, otro hecho llama la atención en Javier de Viana: es un astro que no sigue el curso ordenado por las leyes cósmicas. Le falta el arco levantino; su aparición señala su meridiano. Y, como todo lo que surge en el cénit, rápidamente comienza a descender hasta desvanecerse en un ocaso pálido y sin lucero.

Se inicia en la escena literaria en el 96 con "Campo" bajo cuyo título reúne una serie de cuentos singularmente vigorosos y de intenso sabor vernáculo. La crítica lo saluda con justicia: el autor apenas cuenta 25 años y revela cualidades tan sobresalientes que los augures no titubean en saludarlo como al sucesor de Acevedo Díaz, rey de la novela nativa.

"Campo" es, en efecto, una soberbia película del ambiente rural vivido por Viana, en la que desde luego puede observarse una virtud capital. A pesar de la evidente simpatía que el panorama le despierta, el autor no se convierte en un panegirista vulgar, lo enfoca tal como es, en la exacta proporción de sus luces y sus sombras. Se trata, pues, de un escritor intensamente realista, aunque no creemos que lo haya sido de modo premeditado, por afecto a esa escuela, sino por imperio de su sensibilidad artística que reaspiraba a las impresiones a la manera de la placa fotográfica.

En mérito a tal índole vendría a quedar clasificado como el cronista primordial de nuestra vida campesina correspondiente al último y a los tres primeros lustros seculares, una vida bien distinta por cierto de la que nos pintan los relatos del autor de Ismael.

El tiempo ha mellado mucho las aristas, sobre todo las metálicas, del hombre campesino, así como, paralelamente, ha ido cambiando los



hábitos y los aspectos panorámicos. Las cosas se han vuelto mucho menos cimarronas y en cuanto al alma gaucha en su propio lar por el avance de la civilización, adivina que anda ya por los sledaños del Campo Santo y se recoge en tal fatalismo que parece estar grabando esta inscripción sobre su lápida: todo fué, es y será al fudo.

Lo épico ha pasado a segundo plano. Se ven todavía ejemplares del viejo molde, varones duros, caballerescos e indomables; pero son como esas llamaradas que suelen estirar las brasas a través de las cenizas. Y como antes el resplandor heroico era tan vivo que todo lo doraba, ahora que ese halo ha empalidecido, la figura legendaria comienza a descubrir sus manchas y lunares indisincrácicos.

El gaucho es sucio. Sus ranchos, tan exaltados por los líricos nativos, son como vaciaderos de basura. Los chiquillos, llenos de lacras como los perros, andan tiritando entre la escarcha invernal sin más defensa que una camisa tan corta que no alcanza a cubrirle los sexos y tan mugrienta como sus greñas y su cara que sólo por muerte de un obispo conocen el jabón. Los huesos, después que los dientes los han descarnado, son arrojados al suelo y allí los restos de pulpa adheridos a las osamentas sufren la putrefacción sin que las pituitarias se den por enteradas.

A tal abandono exterior corresponde un paralelo relajamiento espiritual. Las aspiraciones de la existencia quedan reducidas a una trilogía bajamente sensual: panza llena, tabaco y caña.

/ El romance ha concluído. Los ayuntamientos se hacen de una manera instintiva, sin requiebros previos. Es peor que la violación porque en esta, al menos se ve brillar el imperio de la fuerza desorbitada. Ahora lo que se conserva es un resto de pudor: la pareja que se ha encontrado sin quererlo en un camino, esperará llegar a un chircal crecido. Lo demás será asunto sencillísimo: ¿quieres apiarte?- le dirá él; y ella contestará en seguida: bueno.

Pero esto no es nada: acuden con frecuencia al rancho los amigos,

la china tiene el alma querendona y el gaucho nota con rabia, más disimulándola, que los hijos le salen parecidos a los compadres...

Es claro que aún las dagas salen a menudo a relucir cuando las violencias de las pasiones despiertan la imponente fiereza del macho ancestral. Se ve cruzar todavía por el proscenio desmazelado figuras legendarias como la del indio, jefe de lanceros, que ordena la carga en el cuento titulado "La trenza". Está allí el bronce puro, el coraje inverosímil de la antigua estirpe que concluye en el instante postrero humedeciendo su valor con la única lágrima de su vida, derramada sobre el manojo de cabellos trenzados que su china, a modo de talismán, le diera al partir para la guerra. O la del capitán ciudadano que en el relato de "La última campaña" vemos avanzar altanero hacia la mesa inscriptora, desafiando solo a la milicada y dejando allí la vida no sin defenderla como una fiera. Pero son destellos de un sol agonizante...

Los hombres suelen matar, como Patricio, el protagonista del cuento "El ceibal", a la perjura sorprendida con el amante clandestino. Más el drama cobra aspectos muy llamativos. Ni el seductor da un paso por salvar a la mujer, ni el engañado por vengarse del que le ha robado su cariño. Entre ellos no hay topada. ¿Por cobardía?, no. Es un razonamiento lo que frena la explosión de los ímpetus naturales. "¡Guardá no más tus armas!... Con vos no tengo nada" -le dice Patricio a su rival, consumado el crimen. Este se sorprende: ¿por qué a ella y no a mi?- pregunta. "A vos, ¿por qué?- le contesta; y luego añade: "Desgraciao el coj... que ve yeguas y no relincha". Hay aquí, sin duda un atisbo psicológico de singular agudeza, cosa que no abunda mucho en la obra de Viana, porque si algo retrata el desvanecimiento del bárbaro es el verlo contenido en sus arranques por un raciocinio de índole filosófica.

Aquel espíritu hidalgo y lírico de los Luna y los Fierro se ha apagado. El hombre abusa de su poder y soluciona las desavenencias conyugales descendiendo a pugilatos viles o entrando en arreglos cu-

riosos como el que concertan Casiano con Asunción en el cuento "En familia". Harto ya de la mujer con quien ha tenido varios hijos y la que, a pesar de sus frecuentes palizas, no le guarda respeto alguno, ordena un día, furioso, a uno de los gurises que le traiga ensillado / el caballo de ella y la arroja del hogar "para que se vaya a prostituir al pueblo como la sinvergüenza de su madre". Y ahora viene lo sorprendente: no se ha alejado mucho trecho la desterrada cuando el hombre le grita sin rasgo de cólera, como quien hace un encargo al comisionista: "ché , mandáme de allá una mujer para cuidar los muchachos". Ella detiene la cabalgadura y también sin pizca de rencor, atenta ya al probable negocio , pregunta: "¿cuanto vas a pagar?" -"Cuatro pesos", responde Casiano. La proscripta silenciosa baraja sus cálculos por unos instantes, exclamando luego: "Y bueno, pagámelos a mí y yo me quedo"- "Como piona?"...,-interroga él- "Como piona". -"Bueno, bajate"... El diálogo es otra signatura de la declinación de un linaje.

Siguieron a "Campo"; "Gaucha" y "Gurí", publicados respectivamente en 1899 y 1901. El autor vuelve a dejarnos en esos dos libros rísticas realistas. No se supera mucho, pero mantiene el puesto de honor gallardamente. Con todo hay derecho a esperar cosecha de más valor: recién Viana cifra en los treinta años. Sin embargo acontece lo contrario. Su producción sufre un largo eclipse: pasan siete años sin que aparezca otro libro de él. Ciertamente que el ambiente de la República a principios del siglo no está para literaturas. La atmósfera política densamente sobrecargada absorbe a todos y muchos más de los que, como Viana, se han criado en la devoción heroica de la patriada. Es de los primeros en obedecer al llamado todo para correr a alistarse entre los revolucionarios que combatían contra la dictadura de Máximo Santos. Cuando estalla la guerra civil de 1904 se enrola en el ejército de Aparicio Saravia. De sus andanzas guerreras, bajo el título "Con divisa blanca" publicó una crónica muy llena de pasión,

en la que se describen las modalidades de la lucha, el itinerario del ejército, el temperamento de los caudillos: todo con más campamentos y tal cual episodio como el de la disparada de las caballadas entre las tinieblas nocturnas, donde la recia fibra del escritor se impone.

Recién en 1908 vuelve Viana a publicar un nuevo libro de cuentos, "Macachines", y tras de él, a no muy largos intervalos, "Yuyos", "Leña seca", "Abrojos", "Sobre el recado", "Cardos", "Paisanas", "Del Campo y de la ciudad", "Tardes del fogón" y muchos otros. Ni siquiera con su muerte, acaecida en 1926, cesan las ediciones de nuevas obras: los editores aprovechando su prestigio siguen lanzando al mercado libros compaginados con muchos de sus cuentos dispersos en diarios y revistas.

Abordó también el teatro. Según cuenta por el mismo certificado, /sumarían once los actos dramáticos que escribiera. Posiblemente fué un espíritu de empresa más que un entusiasmo vocacional, lo que originó este pasaje de Viana por las tablas. El teatro comenzaba a ser fructífero y su situación económica era lo suficientemente precaria como para llevarlo a tentar la suerte por ese lado. La más conocida de sus obras en este género es "La Nena", comedia en tres actos que ha sido equiparada a "Los gauchitos" de Regules y a "La Calandria" de Leguizamón. Como siempre la crítica, que hace bastantes reparo a ciertas falsedades del desarrollo dramático y de los protagonistas, alaba cálidamente el realismo de las escenas gauchescas, el vigor y la veracidad del lenguaje. "Nunca- decía "La Nación", basando en ello su principal elogio- los gauchos han hablado en nuestra escena criolla más auténticamente" Muy cierto; lo que sí es que pocas probabilidades tiene de perdurar una obra cuya máxima alabanza estribe en la justeza dialectal.

Como se ve la labor de Viana en su conjunto ha sido varia y copiosa, no obstante lo cual forzoso es clasificarlo entre los escritores que defraudaron las esperanzas nacidas a raíz de una iniciación ex-



cepcionalmente promisoro. Después de "Gurí", en efecto, se pronuncia un descenso inesperado. El nervio languidece, se adocena moviendo briznas y hojarascas, y apenas si tal cual fulgor errante rasga la penumbra de sus facultades prematuramente atardecidas.

A qué se debe tan repentino declive? En parte a la vida que le ha hecho muy difícil el pan: debe ganárselo con la pluma, prodigándose en los periódicos. En parte también al etilismo que le fué lentamente royendo la carne y el espíritu. Pero muchos, así y todo, consiguen escalar las alturas en donde la gloria vence al tiempo.

Hay que pensar más bien en sus carencias. Le falta a Viana la visión profunda: no alcanza al foco, a lo cardinal, donde se esconden las verdades absolutas. Su círculo es el de las realidades simples. Llegará a ser el fotógrafo, tal vez el primer fotógrafo de la existencia campesina coetánea con la suya; dejándonos de ella estampas magistrales y tan exactas que al lado de sus méritos literarios poseen un singular valor histórico. Su obra representa una pinacoteca y una iconografía valiosísimas, más despojada de esa fuerza imaginativa necesaria para penetrar en el alma de los acontecimientos y de las cosas y sin la cual, aún dentro de la misma escuela realista, es imposible construir una obra de arte imperecedera.

Podría conjeturarse que si la labor de Viana está desprovista de grandeza, ello se debe no al artista sino al ambiente. Sería otro error.

Literariamente no hay evos malos para el genio. Los seres y los medios en que viven siempre tienen aristas capaces de servir a la perennidad. No es sólo el deslumbre solar quien ofrece maravillosas sugerencias al artista, sino también la bruma, las entreluces y hasta las tinieblas. Ni es que sean los mármoles y maderas de los períodos bizantinos reacios al tallado inmortal: será siempre el cincelador que no labra sobre la médula sino sobre la epidermis de las épocas, a quien haya que echar la culpa de los fracasos.

Viana es esencialmente un narrador, habla desenvolviendo el teji-

do de los hechos. Y esa misma índole que lo lleva a no buscar las aguas profundas, como quien por no saber nadar sólo se baña en las orillas de los ríos, se trasluce también en el estilo del cual está abolida toda preocupación estética. Su prosa es llana, las imágenes escasas y comunes. Conquistaría rápidamente la popularidad por la sencillez de los relatos y la agudeza de la observación óptica. Aunque seamos feos siempre nos place mirarnos en un espejo o en una estampa y Viana reflejaba a la masa rural con la fidelidad de una lámina azogada, no sólo en la figura sino también en su jerga lingüística.

Si es franco cuando afirma en una confesión autobiográfica que todo su anhelo artístico se reducía a edificar un nido de hornero, realizó indudablemente su deseo. Como el más veraz de esos pájaros arquitectos, con linfa y barro glebarios, se construyó para refugio de su nombre, una vivienda rústica, pero firmemente enhorquetada sobre la axila de un lapacho.

Y no será uno de esos nidos visitado sólo por la soledad. Con frecuencia llegarán a su puerta el sociólogo, el exégeta, el historiador, en busca del tesoro documental guardado en sus entrañas; el artista amante de línea sobria, el tema nativo y el colorido intenso y en fin, la inmensa caravana de los lectores que buscan el narrador sabroso concreto y fácil.

Pero será un espíritu que nunca saldrá de la región y no porque haya sido un escritor limitado a lo solariego, sino porque para llevar lo lugareño al universo, es preciso entrar en lo regional no como un retratista simple sino con un alma potencialmente cósmica y esencialmente visionaria.

José María Delgado.